

# Los rostros concretos de Dios en Puebla: una hermenéutica a la luz del Christus totus agustiniano.

Santos Meza, Anderson Fabián.

Cita:

Santos Meza, Anderson Fabián, "Los rostros concretos de Dios en Puebla: una hermenéutica a la luz del Christus totus agustiniano." *Reflexiones Teológicas 16* (2019): 37-44.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/anderson.santos.meza/17>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/p1RE/ks5>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# Los rostros concretos de Dios en Puebla: una hermenéutica a la luz del *Christus totus* agustiniano

ANDERSON FABIÁN SANTOS MEZA

Estudiante de séptimo semestre de Filosofía, Pontificia Universidad Javeriana.  
[a-santos@javeriana.edu.co](mailto:a-santos@javeriana.edu.co)



FOTO: ROBBY MCCULLOUGH (UNSPLASH)

Desde que recibí la invitación a participar en este tercer Coloquio de Estudiantes de Teología, con ocasión de la celebración del cuadragésimo aniversario de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en México (1979), empecé a considerar el tema de esta comunicación<sup>1</sup>. Así que, mientras realizaba la lectura del documento conclusivo de Puebla, en primer lugar, me resultó bastante relevante percibir cómo la situación del ser humano en el contexto latinoamericano era leída bajo el matiz de una cristología de la pasión<sup>2</sup>; y, en segundo lugar, llamó mi atención apreciar, transversalmente, un lenguaje agustiniano en todo el documento. Estos dos asuntos se articularon en un solo tema: *la hermenéutica del rostro, en el contexto latinoamericano*. A continuación, los rostros del Cristo histórico, de la Iglesia, y del cristiano latinoamericano se pondrán en diálogo de la siguiente manera: en primer lugar, desde la presentación de la noción

agustiniana de *Christus totus*; en segundo lugar, desde una lectura de los numerales 30 al 39 del Documento de Puebla, a la luz de esta noción; y, en tercer lugar, desde una sugestiva consideración del “rostro nuevo” que estos tiempos contemporáneos reclaman.

## LA NOCIÓN AGUSTINIANA DE CHRISTUS TOTUS

“*Christus totus*” es la noción con que San Agustín no solo subraya constantemente la maternidad de la Iglesia como esposa del Cristo, sino que pone el máximo énfasis en la relación entre Cristo y la Iglesia. Según el Obispo de Hipona, la Iglesia, unida al Cristo “individual e histórico”, conforma el Cristo total. Sin duda, esta afir-

### Resumen

En el Documento de Puebla se presenta una matizada exposición del rostro de Cristo, que, puesta en diálogo con la noción agustiniana de *Christus totus*, transparenta el crítico diagnóstico de la situación de la Iglesia latinoamericana. Si bien han pasado 40 años desde que se celebró esta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, sigue siendo bastante vigente y confrontador el mensaje que allí se condensa. Desde un ejercicio hermenéutico, se presentará un acercamiento a los rostros concretos y sufrientes de Cristo que se exponen en Puebla, para luego, considerar la propuesta esperanzadora del rostro “nuevo” y “resucitado” de Cristo.

Palabras clave: Puebla, Iglesia latinoamericana, rostros de Cristo, teología de la liberación, teología práctica.

mación es tomada de la doctrina de San Pablo (1Co 11,3; Col 1,18; Ef 5,23), puesto que este Padre de la Iglesia latina es considerado como uno de los más atentos lectores del epistolario paulino.

En los *Tratados sobre el Evangelio de San Juan (In Iohannis evangelium tractatus)*<sup>3</sup>, San Agustín afirma que hemos llegado a ser, no solamente cristianos, sino el propio Cristo. Y formula una sustancial pregunta: ¿comprendéis, hermanos, la gracia que Dios nos ha hecho al darnos a Cristo como Cabeza? Esta pregunta está orien-

tada, precisamente, hacia la esencia del “ser del cristiano”, el haber sido hechos hijos por el Hijo (Jn 1,12). Asimismo, en uno de los “Sermones de la Cuaresma” del 412<sup>4</sup>, afirma que el cuerpo de esta Cabeza es la Iglesia, no solo la que está en este lugar, sino la Iglesia que está presente en este lugar y que se extiende por toda la tierra; y no solo los que viven en este tiempo, sino todos, desde Abel hasta los que nazcan al final de los tiempos y crean en Cristo.

Así, pues, la noción del *Christus totus* es usada por Agustín para manifestar aquella revelación, epifánica, de Dios en la historia humana, que solo puede comprenderse a través del vínculo inseparable *Cristo-Iglesia-Hombre*. Y es precisamente la comprensión de este vínculo la que hace posible que se presente, en el *Corpus Agustinianum*, una *hermenéutica de la vida cristiana* en clave cristológica, eclesiológica y antropológica: cristológica, puesto que el Hijo es el que arquetipo del ser humano, Él es el “mediador entre Dios y la humanidad” (1Tm 2,5), es el “camino hacia el Dios de la humanidad”<sup>5</sup>; eclesiológica, en cuanto que, como ya se manifestó, la Iglesia es el cuerpo de Cristo, y toda su actividad salvífica hace parte de la *Communio Christi*; y antropológica,

pues el mismo arquetipo, el Hijo, se encarnó en “lo humano”, y la *Communio Christi* de la Iglesia no se realiza sino a través de la congregación activa de la “nueva humanidad”, de la comunidad de creyentes.

Esta *hermenéutica de la vida cristiana*, en la que “la experiencia y la interpretación forman un todo indisociable y de mutua influencia”<sup>6</sup>, solo se puede realizar partiendo de una condición esencial e irremplazable: *la caridad*. Esta virtud teologal, según Agustín, tiene un valor funda-

mental en la terna que conforma junto con la esperanza y la fe, debido a que estas últimas no trascienden la vida terrena, mientras que la caridad es tanto inmanente como trascendente.

Ahora bien, es precisamente a través de la caridad que, en la Conferencia de Puebla, la noción agustiniana del *Christus totus* se articula con la

---

## Revelación que solo puede comprenderse a través del vínculo Cristo-Iglesia-Hombre

---



exposición de los rostros concretos de Cristo. La *hermenéutica de la vida cristiana* adquiere, aquí, un matiz particular, se transforma en *hermenéutica de la vida cristiana, en el contexto latinoamericano*.

### **PUEBLA: LOS ROSTROS CONCRETOS DE CRISTO**

Luego de haber presentado el vínculo inseparable *Cristo-Iglesia-Hombre* en la constitución del *Christus totus*, los numerales 31-39 de Puebla no podrían presentarse de otra manera sino a través de la perspectiva de este mismo vínculo: los rostros sufrientes de los hombres de estos tiempos contemporáneos son manifestaciones del rostro del Cristo de la pasión y del rostro de una Iglesia “adolorida” que, como lo expone San Pablo, sufre cuando alguno de sus miembros sufre (1Co 12,26)<sup>7</sup>.

La situación de extrema pobreza generalizada en América Latina se presenta a través de rostros muy concretos, en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela (N° 31). Estos rostros, además, deberán servir de criterios para “interpretar el paso del Señor por América Latina” (N° 268); y, con esto, el objetivo de la Conferencia de Puebla no consistía en simplemente una *hermenéutica de la vida cristiana, en el contexto latinoamericano*, sino que estuvo marcado por rasgos concretos, buscando elaborar, así, una teología sensible al sufrimiento, distante de cualquier apatía y “espiritualidad intimista”, de tal manera que sea consecuente con el mensaje de Jesús de Nazaret. En palabras del padre Baena, se trató de un ejercicio hermenéutico que puso en tensión cultura con experiencia histórica y revelación, práctica de Jesús con prácticas eclesiales<sup>8</sup>.



En América Latina, el sufrimiento de Cristo se evidencia en los rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, en los rostros de tantos niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar. En los rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación. En los rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres. En los rostros de campesinos que, como grupo social, viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan. En los rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos. En los rostros de los desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos. En los rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales. En los rostros de ancianos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen.

Luego de 40 años de Puebla, tendríamos que añadir los muchos rostros de dolor y sufrimiento que en nuestro continente han crecido a causa de la violencia en sus múltiples expresiones, la cuestión de la inmigración, las ideologías totalitarias, las políticas egoístas que atentan contra la dignidad humana, y las abundantes problemáticas ambientales; pero, también, causados por el escándalo, el descrédito y la pérdida

de fe que algunos representantes de nuestra Iglesia han expandido por América Latina. Por último, el sufrimiento que cada uno de nosotros, miembros de la Iglesia, hemos padecido y causado. El diagnóstico de la experiencia cristiana en nuestro contexto latinoamericano se muestra crítico, pues aun teniendo un fuerte número de “creyentes”, la situación evidencia una falta de coherencia cristiana.

---

## Luego de 40 años tendríamos que añadir muchos rostros de dolor y sufrimiento

---

En suma, el rostro concreto de Cristo que se presenta en Puebla es el rostro del Cristo crucificado. Trayendo a este contexto las palabras de Edith Stein, podríamos concluir que, en todos estos rostros, aún hoy, *los ojos del Crucificado nos están mirando, interrogándonos y poniéndonos a prueba.*

### UNA IGLESIA LATINOAMERICANA CON UN “NUEVO ROSTRO”

No hay personas ni situaciones donde Dios no esté y donde no pueda ser contemplado. Muchas personas han hecho itinerarios hacia los infiernos de este mundo y se han encontrado con Dios ahí con una claridad y un sabor que antes no habían experimentado en medio del éxito, las comodidades y la seguridad ante el futuro.<sup>9</sup>

El documento de Puebla no se estanca y se limita a exponer el rostro sufriente de Cristo en América Latina, sino que, con esperanza y fe, pretende hacer del rostro del hombre latinoamericano imagen de Cristo resucitado (Nº 1296). Como punto de partida, los obispos latinoamericanos, en nombre de la Iglesia de nuestro continente, reconocen con humildad

nuestros errores y pecados, con que hemos oscurecido el rostro de Dios, y decididamente se comprometen a continuar su acción pastoral (Nº 209). Pero, ¿cómo? Asumiendo la realidad, y ejercitándose en el discernimiento de las situaciones y de las llamadas concretas que el Señor hace en cada tiempo, lo cual exige una renovada y permanente actitud de conversión, de apertura, y un serio compromiso con lo que se ha discernido como auténticamente evangélico (Nº 338). Así las cosas, se evidencia un replanteamiento de la *cuestión fundamental de la praxis eclesial*<sup>10</sup>, que, en palabras del padre Parra, consiste en “un método de teologizar que resulta inseparable de una práctica, de un comportamiento, de una espiritualidad o forma concreta de convivencia cristiana”<sup>11</sup>.

Para alcanzar tal fin, se comprometen a promover un mayor acercamiento al Evangelio y *una búsqueda del rostro siempre nuevo de Cristo*. Puesto que de este encuentro con el Hijo debe nacer un legítimo deseo de luchar por una liberación integral (Nº 173), con la que logremos despojarnos de toda actitud que desfigure el rostro de Cristo (Nº 972). La Iglesia de América Latina desea anunciar, por tanto, el verdadero rostro de Cristo<sup>12</sup>, porque en él resplandece la gloria y la bondad del Padre providente y la fuerza del Espíritu Santo, que anuncia la verdadera e integral liberación de todos y cada uno de los hombres de nuestro pueblo (Nº 189). Pues, la experiencia cristiana es el resultado de la puesta en tensión de la experiencia humana y la experiencia de los testigos de Jesús, prolongada y continuada en la práctica liberadora de los cristianos<sup>13</sup>.

Esta es la única manera de que en el centro de nuestra realidad latinoamericana quede implantado el Reino de Dios<sup>14</sup>: haciendo resplandecer el rostro de Jesucristo resucitado, haciendo que la Justicia de Dios triunfe sobre la injusticia

de los hombres. Con Jesucristo, el nuevo Adán, se ha iniciado una historia nueva y esta recibe el impulso indefectible que llevará a todos los hombres, hechos hijos de Dios por la eficacia del Espíritu, a un dominio del mundo cada día más perfecto; a una comunión entre hermanos cada vez más lograda y a la plenitud de comunión y participación que constituyen la vida misma de Dios.

Así, se proclama la Buena Noticia de la persona de Jesucristo a los hombres de América Latina, llamados a ser hombres nuevos, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio, para sostener su esfuerzo y alentar su esperanza (Nº 197). Resulta fundamental que en esta propuesta transformadora de la situación latinoamericana se evidencia un fuerte reconocimiento del papel del laico en el seno de la Iglesia, una toma de conciencia creciente de la necesidad de los laicos en la misión evangelizadora, pues mediante su testimonio de entrega cristiana se logrará presentar el rostro de una Iglesia comprometida en la promoción de la justicia en nuestros pueblos (Nº 777). El cristiano tendrá una misión fundamental: deberá transformar aquella *Passio Christi* en *Resurrectio Christi*, en una pasión pascual, que no se canse de contemplar la vida, porque busca y encuentra en ella el rostro de Dios, en una pasión que lo lleve a sumergirse en todas las situaciones humanas, desgarradas o felices, buscando esa presencia de Dios que actúa dando vida y libertad<sup>15</sup>.

En conclusión, todo cristiano, al ser “Cristo”, “Iglesia” y “Hombre”, tiene en sus manos la responsabilidad de luchar por la recuperación y conservación del *Christus totus*: de la experiencia de Dios como Padre, de la experiencia de Cristo como hermano, de la experiencia de hijos en, con y por el Hijo, de la experiencia de Cristo como esposo de la Iglesia. Aunque han pasado 40 años de la Conferencia de Puebla, su mensa-

je sigue siendo vigente, sugestivo, motivante, y confrontador, pues su llamado ha sido, y sigue siendo hoy, un llamado concreto: sanar la tierra, sanar el corazón humano, ser verdadera imagen de Dios, ser signos proféticos de la recapitulación de la humanidad entera de Cristo.

## NOTAS

<sup>1</sup> Revisión y adaptación de la ponencia “Los rostros concretos de Dios en Puebla: una hermenéutica de la Iglesia latinoamericana a la luz de la noción agustiniana del *Christus totus*”, presentada en el tercer Coloquio de Estudiantes de Teología, de la Pontificia Universidad Javeriana, el 24 de octubre del 2019.

<sup>2</sup> Hablo aquí de una cristología de la Pasión, asintiendo en el doble sentido de *passio*, ‘padecer’, ‘sufrir’. Por un lado, según el profesor Juan Alberto Casas, la palabra *pasión* se relaciona generalmente con el estado pasivo (no activo) del sujeto y, cuando se emplea en relación con Jesús, se piensa en el suplicio doloroso y sangriento que culmina con su crucifixión. Sin embargo, por otro lado, en el lenguaje coloquial “la pasión de una persona es aquello que le apasiona”; tiene que ver con una ferviente disposición de ánimo que impulsa y empuja el ser entero a luchar por un fin particular (cfr. Borg y Crossan, *La última semana de Jesús*, 6).

<sup>3</sup> Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus*, 21.8.

<sup>4</sup> Agustín, *Comentario a los Salmos*, Salmo 90.2.1.

<sup>5</sup> Agustín, *Civitate Dei* 11.2; *Confessiones* 7.18.24-7.21.27.

<sup>6</sup> Torres, “Hermenéutica de la correlación: encuentro entre lo divino y lo humano, entre la revelación y la fe”, 175; Geffré, “*Revélation et expérience historique des hommes*”, 8.

<sup>7</sup> En el N°1289 de Puebla se afirma que corresponde en particular a la acción de la Iglesia, frente a los anónimos sociales, el deber de acogerlos

y asistirlos, de restaurar su dignidad y su rostro humano “porque cuando un hombre es herido en su dignidad, toda la Iglesia sufre”.

<sup>8</sup> Para profundizar en el tema de la revelación, véase el texto del padre Baena, *Fenomenología de la revelación: teología de la Biblia y hermenéutica*.

<sup>9</sup> González Buelta, *Ver o perecer: mística de ojos abiertos*, 139.

<sup>10</sup> Según Ellacuría, *la cuestión fundamental* debe plantearse en estos términos: ¿qué debe hacer y cómo debe hacer el pueblo de Dios, el cuerpo histórico de Cristo, para que el Reino de Dios se realice en la historia? Lo decisivo para nuestro propósito es que *la praxis eclesial* debe poner en conexión unitaria lo que es el Reino de Dios con lo que es la historia. Ya el Reino de Dios remite de por sí a la historia y a lo que ocurre en ella, pero todavía se insiste más en que se necesita una realización del reino en la historia. Lo cual conlleva a una participación en la historia, precisamente en aquellos puntos donde el significante y el significado puedan lograr mejor la unidad de un solo signo (cfr. Ellacuría, “*Fe y justicia*”, 322).

<sup>11</sup> Parra, *Dar razón de nuestra esperanza: teología fundamental de la praxis latinoamericana*, 16.

<sup>12</sup> El rostro del Dios encarnado, que trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre y amó con corazón de hombre (cfr. Ga 4, 4-6; Hb 4,15; Constitución GS 22).

<sup>13</sup> Cfr. Donzé, “*Théologie pratique et méthode de corrélation*”, 89.

<sup>14</sup> La dinámica del Reinado de Dios, en perspectiva de la Teología Práctica, exige invención, audacia y coraje: “la teología práctica debe ser también un momento profético de la vida de la Iglesia”, que inicia con el análisis de las prácticas cristianas y eclesiales, de su impacto en la

sociedad y termina con la elaboración de nuevas actitudes proféticas para la comunidad cristiana. La teología práctica es entonces una instancia reflexiva y científica de la actuación de la Iglesia en el mundo de hoy (Cfr. Dumas, “L’ expérience de la théologie: corrélation, interruption et recontextualisation”, 120-121).

<sup>15</sup> González Buelta, *Ver o perecer: mística de ojos abiertos*, 63-64. Además, resulta interesante que el “sentir con el pueblo” se perciba como elemento esencial para “sentir con la Iglesia” y, así, “sentir con Cristo”.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agustín de Hipona. *Obras completas*. Biblioteca de Autores Cristianos. Disponible en <https://www.augustinus.it/>
- Borg, Marcus y John Dominic Crossan. *La última semana de Jesús. El relato día a día de la semana final de Jesús en Jerusalén*. Madrid: PPC, 2007.
- CELAM. “Documento de Puebla”. Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1979. [http://www.celam.org/doc\\_conferencias/Documento\\_Conclusivo\\_Puebla.pdf](http://www.celam.org/doc_conferencias/Documento_Conclusivo_Puebla.pdf)
- Donzé, Marc. “Théologie pratique et méthode de corrélation”. En *Les études pastorales à l’Université: perspectives, méthodes et praxis*, dirigido por A. M. Vischer, 83-100. Ottawa: Presses de l’Université d’Ottawa, 1990.
- Dumas, Marc. “L’ expérience de la théologie: corrélation, interruption et recontextualisation”. *Théologiques* 141 (2006): 117-126.
- Ellacuría, Ignacio. “Fe y justicia”. En *Escritos teológicos III*, 307-373. San Salvador: UCA, 2002.
- Geffré, Claude. “Révélation et expérience historique des hommes”. *Laval theologique et philosophique* 46 (1990): 3-16.
- González Buelta, Benjamín. *Ver o perecer: mística de ojos abiertos*. Santander: Sal Terrae, 2006.
- Metz, Johann Baptist. *El clamor de la tierra: el problema dramático de la teodicea*. Estella (Navarra): Verbo Divino, 1996.
- Parra, Alberto. *Dar razón de nuestra esperanza: teología fundamental de la praxis latinoamericana*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 1988.
- Torres, Juan Manuel. “Hermenéutica de la correlación. Encuentro entre lo divino y lo humano, entre la revelación y la fe”. En *El arte de interpretar en teología*, editado por J. L. Meza Rueda, 171-195. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2017.